

INCULPADOS DE ALTRUISMO.
LOS CHEROKEES EN EL SIGLO XIX *

Ronald Wright

Un motivo de la compra de la Louisiana por Estados Unidos fue precisamente adquirir un «desierto» al que la república pudiera expulsar a todos los indios que no asimilara y en 1808 se comenzó a presionar para que se trasladara toda la nación cherokee, sin el menor escrúpulo a la hora de utilizar el soborno y la amenaza cuando las promesas fracasaban. Alrededor de 2.000 cherokees, convencidos de que, de todos modos, se les obligaría a abandonar sus hogares, se encaminaron al oeste, aunque la idea resultara odiosa a la mayoría. El oeste ofrecía la oportunidad de continuar con las costumbres ancestrales, pero los tradicionalistas, menos contaminados de aculturación, eran los más reacios a abandonar la tierra sagrada y las tumbas antiguas.

Estos tradicionalistas no se habían beneficiado de la contrapartida por el paso a una economía euroamericana ni deseaban hacerlo. Explotar la tierra de aquella manera era blasfemo: los arados la abrían desgarrándola más despiadadamente que escarbando con palos, lo que la erosionaba, y la escasez de caza demostraba que el mundo se estaba muriendo. En 1811 sus temores se manifestaron en un culto llamado a veces la danza del fantasma cherokee, estructurado por el sanador Tsali. El Creador, decía él, había hecho pueblos diferentes en tierras distintas; la presencia de los blancos en América era antinatural y equivocada. El Señor de la Vida nunca tu-

* Esta entrega es un fragmento de *Continentes robados. América vista por los indios desde 1492*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1994.

vo la intención de que los indios vivieran como blancos; los males que enviaba desaparecían únicamente cuando los indios retornaran a sus propias costumbres.

Muchos manifestaban sus dudas acerca de las enseñanzas de Tsali. Los progresistas se mostraban abiertamente despreciativos. Luego, en agosto de 1811, un cometa resplandeció en el cielo durante semanas, y en diciembre, los terremotos sacudieron las montañas. Poco después, un escéptico, conocido como el Pato, cayó muerto en público. Murió, significativamente, en Etowah, la gran ciudad cherokee que cercaba las grandes pirámides de tierra a las que quizás ascendió Soto.

La nación cherokee, era desgarrada por discordias internas, pero aunque la danza de fantasmas revivió ciertas costumbres y obligó a numerosos cherokees a reflexionar detenidamente hacia adónde iban, no produjo un conflicto armado con los jefes progresistas ni con Estados Unidos. Recordando la Guerra Revolucionaria, los cherokees pensaron que los americanos volverían a ganar. Si ellos demostraban ser aliados leales, razonaban, sin duda Estados Unidos cesaría en sus tentativas de desarraigarlos de su antigua tierra natal.

En 1813 varios centenares de cherokees se alistaron al mando de un abogado convertido en general, Andrew Jackson. Viejo Nogal, como se le conoció por su intratable carácter, tenía cuarenta y seis años, era feroz, astuto, violento, con un brazo lisiado por heridas de duelo —la más reciente de un duelo con su propio hermano. De familia residente en la frontera de Carolina, odiaba a los indios pero estaba más que dispuesto a utilizarlos como carne de cañón de primera clase. Su Guerra Creek, exaltada por Jackson como victoria de la civilización, fue notoria por las atrocidades de las tropas blancas bajo su mando. Desollaban a los creeks muertos y con el cuero hacían cinturones o, según contara Davy Crockett, un pelotón prendió fuego a una casa con cuarenta y seis guerreros dentro y luego se comieron las patatas del sótano rociadas con grasa humana (Wilkins, 69).

La victoria decisiva llegó en marzo de 1814 en la Curva de la Herradura, 50 millas al noreste de Montgomery, Alabama. En esta acción, un jefe cherokee llamado Junaluska salvó la vida de Andrew Jackson. Lo que no impidió que el Viejo Nogal guiñara un ojo mientras sus tropas de Tennessee mataban ganado y aterrorizaban a los civiles por mera diversión de vuelta a casa a través de la nación cherokee (Ehle, 120). Y en el vengativo tratado de paz por el que se despojaba a todos los creeks —amigos y enemigos— Jackson se apoderó de más de dos millones de acres al norte de Alabama que pertenecían a los cherokees (McLoughlin 1986, 193-195). Ninguna obligación sentimental lo detendría en su propósito de abrir el país a los colonizadores desde Tennessee hasta el Golfo. Los cherokees estaban ahora rodeados y Andrew Jackson dedicaría los siguientes veinte años a deshacerse de ellos.

Entre los que combatieron como oficiales en el ejército de Jackson estaban Kahnungdatlageh, El-que-camina-sobre-la-cima-de-la-montaña, conocido en inglés como mayor Ridge (Wilkins, 15), y Kooweskoowee, o John Ross, con más sangre escocesa que cherokee en las venas pero profundamente leal a la nación. A diferencia de la generación anterior a ellos, estos hombres lograron una síntesis entre la

identidad cherokee y el cambio cultural. Su solución fue el nacionalismo; crearon un estado cherokee con una constitución escrita, que conservaría religiosamente el antiguo sentido de parentesco con la tierra y transformaría los vínculos étnicos en una república soberana como la que estaban construyendo los norteamericanos a su alrededor.

Este nuevo compromiso con la tierra y la unidad cherokees había cristalizado durante la primera crisis de desplazamiento en 1808. En un consejo de ese año, el mayor Ridge volvió a vociferar contra los jefes favorables a la traición, y sus palabras se convirtieron, de hecho, en un manifiesto de ese notable experimento conocido como Renacimiento Cherokee: «Amigos míos, habéis oído lo que dice el jefe principal [Zorro Negro]. El señala la región del sol poniente como futura morada de este pueblo. Como hombre tiene derecho a dar su opinión, pero la opinión que ha dado como jefe de esta nación no es de obligatorio cumplimiento; no se forjó en el consejo a la luz del día... Yo, por mi parte, abandono mi respeto a la voluntad de [este] jefe y considero tan sólo la voluntad de miles de los nuestros. ¿Hablo sin obtener respuesta de ningún corazón de esta asamblea, o hablo como hombre libre a hombres que son libres y conocen sus derechos? Me detengo a escuchar» (Wilkins, 45-46).

Ridge oyó un aplauso ensordecedor. Treinta años después, él y su hijo, John Ridge, tras haber cedido al desplazamiento, serían asesinados.

Esos treinta años vieron a la nación cherokee rehacerse a imagen de la civilización occidental. Construyeron una nueva capital apodada Nueva Chota (habitualmente escrito Echota) en honor a la vieja ciudad madre. Codificaron sus leyes, adoptaron una constitución, y en riqueza, capacidad de instrucción y buen orden llegaron a aventajar a la sociedad fronteriza sedienta de esa tierra. La traición a esta nación indígena, que cumplía todos los requisitos que le exigían los recién llegados, aún hoy proyecta su sombra, pues significó una traición a los propios ideales de la Norteamérica blanca.

El lugar de Nueva Echota, cerca de Calhoun, Georgia, es ahora un museo, un campo extraño, ancho y vacío con unos cuantos pequeños edificios salpicados aquí y allá. Dos o tres son originales; los demás han sido reconstruidos o traídos de otro lugar. Nada queda del parlamento cherokee excepto su rastro sobre la tierra. Se hacía difícil creer que alguien hubiera vivido allí alguna vez, pero todavía más imaginar que un lugar laborioso como ese, aunque modesto, pudiera haber amenazado alguna vez a Estados Unidos.

A mediados de la década de 1820 habían llegado nuevos misioneros a la nación; había demanda de la enseñanza que ofrecían, pero las conversiones eran pocas. Algunos niños habían sido enviados afuera para recibir una educación más avanzada en el este. Entre ellos se hallaban John Ross, John Ridge y el primo de este último, Kuleganah Watie, quien se haría famoso como Elías Boudinot. Todos ellos eran excepcionalmente capaces. Sam Houston dijo de Ridge y de su hijo: «Estos indios no son inferiores a los hombres blancos. John Ridge no fue inferior en genio a John Ran-

dolph» (Wilkins, 6).

Opinión no compartida por Andrew Jackson, héroe militar, senador y futuro presidente: «No tienen la inteligencia, ni la laboriosidad, ni los hábitos morales, ni el deseo de mejorar»; insistió. «Establecidos en medio de otra raza superior... deben necesariamente ceder... y en poco tiempo desaparecerán» (McLoughlin 1986, 449).

A pesar de ello, sería el propio éxito de los cherokees lo que los condenó. No se esperaba que los nativos triunfaran, y menos en el terreno del hombre blanco. Los colonizadores, dispuestos a tolerar al indio borracho y susceptible de ser explotado, de cuyas mujeres y propiedad podían apoderarse, y de quien se podía desear su extinción en una o dos generaciones, se encolerizaban con la perspectiva de una nación aborigen que compitiera con la suya por un lugar en Norteamérica. El pacto de 1802 entre Georgia y la Unión incluía una cláusula por la cual los indios establecidos en territorio del estado serían expulsados por el gobierno federal. La nación cherokee no era Georgia, pero ese difícil hecho no obstaculizó la campaña para desarraigarlos. «Prendan una hoguera debajo de ellos», dijo Jackson a los congresistas de Georgia. «Cuando estén lo suficientemente calientes se moverán» (Carter, 83).

Dos acontecimientos sobresalientes dieron armas a los cherokees para combatir aquel fuego: una escritura para plasmar su lenguaje y un periódico nacional impreso en Nueva Echota. Varios lingüistas misioneros habían intentado sin éxito transcribir el cherokee en alfabeto romano. Un iletrado cherokee de Arkansas, desconocido por ellos, lisiado de una pierna y aficionado a fumar en pipa, también había intentado dominar las “hojas parlantes” que tantas ventajas otorgaban a los blancos. En inglés se llamaba George Guess o Guest; en cherokee Sequoyah. No hablaba inglés, tampoco conocía la escritura, salvo el hecho de que existía. Su pierna, consumida desde su nacimiento, lo confinó a una vida interior y reflexiva. Se convirtió en un excelente platero —antigua artesanía cherokee— y tenía un don para el dibujo.

Alrededor de 1809, después de una discusión sobre la naturaleza de la escritura comenzó Sequoyah por mera distracción a idear signos para las palabras. En doce años recorrió buena parte del camino andado por civilizaciones enteras a lo largo de siglos. Empezó con pictografías, luego ensayó ideogramas, pero abandonó estos enfoques al ver la cantidad de caracteres necesarios. Cuando se decidió por el sistema fonético, la cuestión era hallar el que combinara mejor con la estructura del cherokee. Finalmente, alrededor de 1821, Sequoyah descubrió que dividiendo las palabras en sílabas, todos los sonidos del idioma podían ser representados por ochenta y seis caracteres, diseñados por él. Luego adoptó signos de los alfabetos griego y romano (independientemente de sus valores habituales) para facilitar su uso por la imprenta.

En 1825 la mayoría de los adultos sabían leer y escribir, una proporción más alta que en la mayor parte de las naciones «civilizadas» de la época, incluyendo Estados Unidos.

Las invenciones no devienen populares a menos que cubran una necesidad. El

sistema de Sequoyah tuvo éxito porque permitió a los viejos colonizadores —los que como él mismo ya se habían trasladado al Oeste— escribir a sus casas. Rompió de golpe el monopolio de las letras del que disfrutaban los blancos y la aculturada clase gobernante. En 1826, el brillante y devoto joven, Elías Boudinot, sobrino de Ridge —el más aculturado de todos aunque sólo tenía un 16 por ciento de blanco (Ehle, 69)— realizó una gira solicitando fondos para una imprenta con tipos de Sequoyah y reclutando simpatizantes del este para la causa.

Con 22 años, Boudinot ya había adquirido la gravedad y el rictus de un caballero puritano. Personificaba el ideal jeffersoniano de lo que debería ser el nativo americano: físicamente indio, mentalmente europeo. Prefería un nombre de blanco al suyo y se casó con una blanca. Pero pocos han hablado con tanta elocuencia del dilema del indio —el dilema de todos los que atraviesan las fronteras culturales. He aquí un breve fragmento de *Una alocución a los blancos*, que escribió para su gira de 1826. Parece aceptar la superioridad de la religión y de la cultura de los invasores, pero se refiere a la ignorancia blanca y a las atrocidades blancas respecto a su raza, incluso deduciendo una conexión con la conquista de los aztecas. Se pronuncia por la aculturación, pero no por la asimilación, concibiendo el estado cherokee como aliado soberano y no como subordinado de los Estados Unidos y como modelo para el resto de indígenas americanos.

«¿Qué es un indio? ¿No está acaso formado de vuestra misma materia? Pues “de una sola sangre creó Dios todas las naciones que existen sobre la faz de la tierra”. Ciertamente que es ignorante, que es pagano, que es salvaje; sin embargo no lo es más que todos los que han pasado por circunstancias similares. Hace dieciocho siglos, ¿cómo eran los habitantes de la Gran Bretaña? Tenéis ante vosotros a un indio, mis parientes son indios y mis padres que duermen en la tumba del desierto —también ellos eran indios. Pero yo no soy como eran mis padres... He tenido ventajas más grandes que la mayoría de los de mi raza; y ahora estoy ante vosotros delegado por mi país natal para defender sus intereses... y con mis esfuerzos públicos contribuir a elevarlo hacia una posición igual a la de otras naciones de la tierra...

No es necesario utilizar el poder de argumentación sobre la naturaleza del hombre para acallar para siempre el comentario de que «es propósito del Todopoderoso que los indios sean exterminados». Sólo es necesario que el mundo sepa lo que hemos hecho en los últimos años...

No es necesario presentarles una detallada relación de las diversas tribus aborígenes, que ustedes conocen únicamente a través de las páginas de la historia, y aún así sólo vagamente... para poner ante sus ojos las escenas de Muskingum¹ y las llanuras de México, para evocar los crímenes del sanguinario Cortés y de su hueste infernal...

¹ Célebre masacre de aborígenes. Véase A. Wallace, 148. Brodhead en su “campaña de la india norteamericana”, asesinó mujeres y niños delawareos cautivos. En 1782 la milicia americana asesinó 90 delawareos cristianos proamericanos.

Mi propósito es ofrecerles algunos datos inconexos relativos al presente estado desarrollado, y a las perspectivas últimas de esa tribu singular llamada cherokee a la cual pertenezco... En este momento cuenta con 22.000 cabezas de ganado; 7.600 caballos; 46.000 cerdos; 2.500 ovejas; 762 telares; 2.488 ruecas; 172 carretas; 2.943 arados... 18 escuelas... Sí, creo que puedo ver a mi país nativo alzándose de las cenizas de su degradación, vistiendo sus purificadas y hermosas prendas y tomando asiento junto a las naciones de la tierra...

Hay, en la historia india, un aspecto muy melancólico... Hemos visto en todas partes a los pobres aborígenes disolverse y desaparecer ante la población blanca. Hablo simplemente del hecho, sin referirme en absoluto a la causa. Hemos visto, digo, una familia tras otra, una tribu tras otra, una nación tras otra, desaparecer; hasta que sólo quedan unas cuantas criaturas solitarias para contar la triste historia de la extinción.

¿Continuará tal precedente? Les pregunto, ¿vivirán los hombres rojos, o serán barridos de la tierra? La decisión depende principalmente de vosotros y del público en general. ¿Deben perecer? ¿Deben, como los infortunados creeks (víctimas de la política no cristiana de ciertas personas [Jackson]), bajar tristemente a sus tumbas?

Dependen de vuestra misericordia. ¿Los empujaréis para alejarlos de vosotros o los salvaréis? Que la humanidad responda.»²

Elías Boudinot consiguió la imprenta de tipos especiales. En 1828 comenzó a editar el *Fénix Cherokee*, periódico semanal con artículos en ambos idiomas. Director inspirado e ingenioso, escribió columnas que serían publicadas por diarios simpatizantes en todo Estados Unidos. Por primera vez desde Garcilaso, el Inca, (quien también había escrito acerca de los cherokees dos siglos y medio antes) una voz amerindia llegó a un amplio público mediante la página impresa.

El año en que apareció por vez primera el *Fénix Cherokee*, Andrew Jackson reemplazó a John Quincy Adams en la Casa Blanca. Como pasaría más tarde, los vaqueros habían asaltado la república. Los Estados Unidos de Jackson no serían ninguna utopía liberal sino un estado conquistado por colonizadores blancos empeñado en expandirse a costa de los indios y de los negros. Los ideales que habían adoptado los cherokees con tanto fervor ya no los mantenían los que ocupaban el gobierno.

Envalentonada, Georgia declaró nula y sin valor la existencia de la nación cherokee. Devino delito que el parlamento cherokee se reuniera dentro de las fronteras del estado, las cuales, según Georgia, incluían Nueva Echota, Etowah y la mayoría de las demás ciudades. El hallazgo de yacimientos de oro confirió urgencia a la agresión y Georgia declaró ilegal que los cherokees extrajeran sus propios minerales, mientras los buscadores blancos, asistidos por la brutal Guardia de Georgia, invadían sus territorios (Woodward, 158-159). A los indios que acabaron ante los tri-

² Véase el discurso completo, con notas, en Boudinot, 65-83.

bunales de los blancos, se les prohibió testificar –incluso en defensa propia– argumentando que no eran cristianos. El agente federal de los cherokees señaló que a los musulmanes se les permitía testificar ante tribunales británicos, afirmando: «La religión de los cherokees es tan buena como la de Mahoma» (McLoughlin 1984a, 26). Pero su lógica no condujo a nada. La verdadera razón estaba en que los indios no eran blancos.

En 1830 el Congreso aprobó por muy poca diferencia de votos el Decreto de Desplazamiento Indio de Jackson, que afectaba a las Cinco Tribus Civilizadas: cherokee, creek, choctaw, chickasaw y seminola. Una a una, las demás se rindieron y se marcharon: los cherokees no. John Ross, elegido jefe principal en 1828, indicó, como había indicado Canoa Arrastrada sesenta años atrás, que «las banderas en avance de la misma hueste codiciosa» seguirían al indio a todas partes. Resuelto a combatir el traslado hasta el fin, fue a Washington y expuso el caso cherokee ante la Corte Suprema. Allí conoció delegados de la Liga Iroquesa y les advirtió: «Hermanos: La tradición de nuestros Padres... nos enseña que este gran y extenso continente fue una vez única y exclusiva residencia de nuestra raza... A partir de que [llegaron blancos] nos han hecho beber la amarga copa de la humillación; nos han tratado como a perros... nuestro país y las tumbas de nuestros Padres nos fueron arrebatados... durante un período de más de 200 años, nos han hecho retroceder, nación tras nación [hasta] convertirnos en fugitivos, vagabundos e intrusos en nuestro propio país...

La existencia de las Naciones Indias como Comunidades Independientes distintas dentro de los límites de los Estados Unidos parece estar llegando a su fin... Sois conscientes de que nuestros Hermanos, los choctaws, los chickasaws y los creeks del sur han entregado su país a los Estados Unidos y que una porción de nuestra propia Tribu ha emigrado también al oeste del Mississippi, aunque la porción más grande de nuestra Nación permanece firmemente en nuestro antiguo dominio... Nuestra posición en él puede compararse a un árbol solitario en un espacio abierto, donde el resto de los árboles del bosque circundante hubieran sido abatidos por un furioso tornado» (Ross, I, 284-287).

En dos casos emblemáticos –*La nación cherokee versus Georgia* (1830) y *Worcester versus Georgia* (1832)– el secretario de Justicia John Marshall, tomó decisiones que continúan siendo la base de la situación política del nativo americano en los Estados Unidos. Las naciones indias, dijo en el primer caso, son «naciones domésticas dependientes». Con esta definición (tan polémica y ambigua ahora como entonces) parece haber querido decir que eran protectorados semisoberanos del gobierno federal. En el segundo, la Corte Suprema sentenció que el mandato de Georgia no tenía vigencia dentro de la nación cherokee, «¡Gloriosa nueva!», escribió Boudinot a su casa desde Washington.

Jackson comentó: «Marshall ha proclamado su decisión; ahora que la haga cumplir» (Woodward, 171). Evidenció que estaba dispuesto a violar la Constitución para deshacerse de los indios.

Ross, hombre robusto con los oscuros ojos de un cherokee y las patillas de un escocés, era igualmente terco. No quería darse por vencido. En esto lo apoyaban al menos las cuatro quintas partes de los cherokees, en especial los más tradicionales, que mantenían profundos vínculos religiosos con su patria. Pero los más aculturados comenzaron a pensar que la resistencia era inútil, que la nación debía aceptar lo inevitable y negociar las mejores condiciones posibles. Incluso Boudinot y los Ridge se dejaron convencer y adoptaron esta última posición. «Todos sabemos —escribió John Ridge a Ross— que no podemos ser una nación aquí, ¡espero que intentemos establecerla en alguna otra parte!» (Ross, I, 260).

El liderazgo se escindió: el Partido Nacional de Ross y el Partido del Tratado, favorable al desplazamiento. Ross despidió a Boudinot como director del *Fénix* y buscó a otra persona para que continuara vociferando contra el traslado. Pero en 1835 la Guardia de Georgia secuestró la imprenta (Boudinot, 88). Violando el fallo de la Corte Suprema, hostigaron y arrestaron a cientos de cherokees, incluyendo al secretario de Justicia. Tanto él como Ross y otros personajes clave fueron encarcelados durante el período crucial de las últimas conversaciones.

Y así, el 29 de diciembre de 1835, en la casa de Elías Boudinot, la facción favorable al desplazamiento rubricó el infame Tratado de Nueva Echota. Boudinot, los Ridge y algún otro firmaron la cesión de las últimas 20.000 millas cuadradas de la nación cherokee por cinco millones de dólares y la promesa de tierras, en «Territorio Indio», ahora Oklahoma. Quizá algunos fueron sobornados; la mayoría creían sinceramente estar haciendo lo mejor por su pueblo. Conocían la antigua represalia por ceder tierra cherokee sin consenso y muchos la sufrirían. «He firmado mi sentencia de muerte», dijo proféticamente el mayor de los Ridge. Elías Boudinot expuso con su habitual elocuencia: «Nosotros podemos morir pero la gran nación cherokee será salvada... Oh, ¿qué vale un hombre que no se atreve a morir por su pueblo?» (Boudinot, 27).

En mayo de 1836, el tratado llegó al Senado. John Quincy Adams lo denunció como una «eterna desgracia sobre el país». Jackson forzó la aprobación y fue sancionado por un voto de diferencia. Dieron a los cherokees dos años para el traslado, durante los cuales fueron invadidos con mayor ahínco por quienes esperaban impacientemente heredar el rico almacén de la nación que habían construido. En junio, el mayor Ridge protestó ante Jackson: «Las clases más bajas de los blancos están azotando a los cherokees con látigos, varas de nogal y garrotes. No estamos seguros en nuestras casas —nuestro pueblo es asaltado día y noche por la chusma. Hasta jueces de paz y policías están implicados en este negocio. Este bárbaro trato no está destinado sólo a los hombres, también las mujeres son despojadas y azotadas sin ley ni piedad... No nos llevaremos más que las cicatrices del látigo en las espaldas» (Mooney 1982, 127-128).

El general John E. Wool, enviado para reforzar el desplazamiento, dice: «Todas las escenas que he contemplado en este país no han sido más que desgarradoras... Los hombres blancos... como buitres, se mantienen vigilantes, listos a abalanzarse sobre

sus presas y despojarlas de todo lo que tienen». Wool también confirmó que los cherokees eran «casi universalmente opuestos al tratado... Tan resueltos están en su oposición que ni uno de ellos... quiso recibir víveres ni ropa de Estados Unidos por temor a comprometerse» (Mooney 1982, 127).

En el verano de 1838 el ejército de Estados Unidos acorraló a los 16.000 cherokees confinándolos durante meses en campamentos plagados de enfermedades. El éxodo, iniciado ese otoño, es conocido como la Senda de las Lágrimas. Durante todo el invierno, gentes hambrientas y muertas de frío avanzaron, a punta de bayoneta, arrastrando los pies, cruzando mil millas de bosques y praderas helados. Cuando terminó el éxodo, quedaban cuatro mil personas; la cuarta parte de la nación cherokee había muerto. Entre ellos Quatie, esposa del jefe John Ross.

William Wirt, el ex ministro de justicia que llevó el caso cherokee a la Corte Suprema, dijo: «Podemos acumular los laureles sobre el campo de batalla, y los trofeos sobre el océano, pero ellos nunca ocultarán esta horrible mancha en nuestro escudo de armas. *Recuerden, la nación cherokee* será respuesta suficiente al más orgulloso de los alardes que jamás hagamos» (Brown, 495).

Años después, John G. Burnett, soldado que participó en la expedición, reflexionaba acerca de lo que él y su nación habían hecho: «Los escolares actuales desconocen que habitamos en territorios que le fueron arrebatados a una raza indefensa a punta de bayoneta para satisfacer la codicia del hombre blanco... Un asesinato es un asesinato y alguien debe responder, alguien debe explicar los ríos de sangre que fluyeron en el país indio... Alguien debe explicar las cuatro mil tumbas silenciosas que jalonan el sendero seguido por los cherokees hacia su exilio.»³

El Partido Nacional, encabezado por un Ross afligido pero no quebrado —con mucho el grupo más numeroso— se enfrentaba al pequeño pero influyente Partido del Tratado, encabezado por Boudinot, su hermano Stand Watie, los Ridge y otros que firmaron en 1835 el tratado en Nueva Echota; intentando mediar entre ambos estaban los Viejos Colonizadores, alrededor de 3.000 que emigraron en años anteriores, incluyendo a Sequoyah, que inventó la escritura cherokee, viéndose obligados a compartir lo que tenían con enfermos y refugiados que morían de hambre.

La historia podrá juzgar a los pragmáticos del Partido del Tratado, pero para la mayoría de los cherokees, eran traidores. Según la ley de la nación, todos ellos eran hombres marcados. Escuadrones de ejecución independientes, enardecidos por una cólera que se había nutrido con cada muerte y ultraje recibido en el camino, no aguardaron demasiado. En junio de 1839, el mayor Ridge fue muerto de un tiro que lo arrojó de su caballo y su hijo John murió de una puñalada. Elías Boudinot fue hacia su Dios cristiano con un hacha de guerra clavada en el cráneo. Stand Watie, que logró escapar, hizo responsable a Ross de las muertes, aunque es poco probable que el je-

³ Texto completo en King y Evans, 180-185.

fe las hubiese ordenado. Los defensores de Ross tuvieron que protegerlo de una venganza. Alarmado por el riesgo de una guerra civil, Sequoyah se unió a Ross y a otros para proclamar un nuevo gobierno y constitución destinados a unir a todos los cherokees: «Considerando que nuestros Padres han existido, como Nación separada y distinta, en posesión y ejercicio de los esenciales y adecuados atributos de la soberanía, desde un período que se extiende hasta la antigüedad, más allá de los registros y la memoria del hombre... Nosotros el pueblo... por la presente acordamos solemne y mutuamente integramos en un sólo cuerpo político al modo y con el título de Nación Cherokee.»⁴

Esta Constitución, como su predecesora de 1827, tomó bastante de prestado de la de Estados Unidos, pero permaneció fiel a un principio fundamental de la América precolombina: la tierra seguía siendo patrimonio común de la nación, los individuos sólo poseían sus bienes, casas y mejoras.

A pesar de los intentos de Sequoyah, los cherokees se desgarraron por derramamientos de sangre durante años. Pero al fin cesaron las venganzas y la Constitución fue aceptada. En 1845, Stand Watie y el Partido del Tratado supieron dirigir su cólera adonde correspondía, al Congreso de Estados Unidos: «Si hubo un crimen en el Tratado de 1835, fue más un crimen de ustedes que nuestro. Todos nos oponíamos a vender nuestro país al este, pero... ustedes abolieron nuestro gobierno, aniquilaron nuestras leyes, suprimieron nuestras autoridades, nos quitaron nuestras tierras, nos echaron de nuestras casas, nos negaron los derechos del hombre, nos convirtieron en proscritos en nuestra propia tierra, arrojándonos al mismo tiempo a un abismo de degradación moral que encaminaba a nuestro pueblo a una rápida destrucción» (Reed, 158; Wilkins, 3-4).

En 1846, las facciones cherokees y los Estados Unidos concluyeron un tratado por el cual la nación volvía a unirse y era compensada por sus pérdidas. Una vez más los cherokees demostraron su notable fuerza moral. Reabrieron su diario bilingüe, ahora llamado *Defensor del cherokee*, y construyeron una nueva capital con su Casa del Consejo, Corte Suprema y otros edificios de ladrillo y piedra. La Chota amada destilaba un recuerdo demasiado amargo para volverlo a evocar, de modo que llamaron a la joven ciudad Tahlequah (una forma de Tellico), sede del «emperador» Moytoy un largo siglo atrás.

Los cherokees financiaron sus obras públicas invirtiendo con sensatez los cinco millones de dólares que habían recibido por sus antiguas tierras. A comienzos de la década de 1850 habían construido más de veinte escuelas locales y dos seminarios, uno para varones y otro para muchachas. El segundo —una rareza en esos días— reflejaba la consideración social que disfrutaban las mujeres en la sociedad cherokee, como ocurría desde la antigüedad. En 1855 la prensa de la nación tiró más de un millón de páginas, incluyendo diversos libros de la Biblia, las leyes nacionales y un al-

⁴ Acta de la Unión, 12/07/1839 y la constitución en Starr, 121-130.

manaque; la mayoría en edición bilingüe o sólo en idioma cherokee.

En el consejo nacional de 1857, Ross informó: «Visité... los distintos distritos para informarme de las condiciones generales en las que se encuentra el país. Las evidencias del progreso del pueblo cherokee proporcionadas por esas giras fueron sumamente esperanzadoras... Granjas bien cultivadas... escuelas públicas repletas, grandes y ordenadas asambleas y vecindarios tranquilos... en todos los distritos» (Ross, 2, 404).

Ross fue elegido una y otra vez Jefe principal. Aunque era más escocés que cherokee, se había ganado la confianza de los de pura sangre y de los tradicionalistas, mucho más numerosos que la élite mezclada y sometida al proceso de aculturación. Ross compartía su tenaz amor por las montañas y ríos de la vieja nación cherokee, y mientras Boudinot y los Ridge se habían marchado cómodamente al principio para unirse a los Viejos Colonizadores, él se había quedado hasta el cruel final. Era también consciente de que cuanto más obtuvieran los cherokees, tanto más codiciarían los invasores, con su habitual parasitismo frente a los americanos nativos. En el discurso a la nación de 1857, pronunció una advertencia profética:

«Si nuestros derechos a la tierra y al autogobierno, a hogares libres e instituciones autoelegidas, son dignos del agotador trabajo y de las luchas del pasado, también son dignos de defensa en la actualidad y de seguir manteniendo las más firmes posiciones. Años de sufrimiento y de ansiedad, de peligro y lucha, han... mantenido al pueblo cherokee como una comunidad bien definida; y ese debe seguir siendo el caso...»

«Ustedes no pueden por menos que sentirse seriamente impresionados por el cambio de política mostrado por el gobierno de Estados Unidos en su trato hacia las tribus indias en el territorio de Kansas y Nebraska. Y como prueba de los peligros que nos amenazan a nosotros mismos, no necesito referirme más que al lenguaje [del] actual gobernador de Kansas... quien si no me equivoco, estaba en el Senado de Estados Unidos cuando se produjo el desplazamiento de todos los indios del este... tan recientemente nos obligó a dejar los hogares de nuestros padres» (Ross, 2, 405-408).

Luego Ross citó partes del discurso del gobernador de Kansas, Robert J. Walker, que ocultaban la amenaza bajo melosas palabras. A diferencia del categórico Andrew Jackson, que odiaba a los indios y lo proclamaba, esta nueva raza de animal de rapiña era diestra en la más mortífera de las armas, el egoísmo disfrazado de altruismo: «El territorio indio... es una de las más saludables y fértiles partes de este continente... y debería convertirse rápidamente en un Estado de la Unión Americana. Los tratados indios no constituirán ningún obstáculo, al igual que no lo constituyeron tratados precisamente similares en Kansas: pues sus tierras, carentes de valor para ellos [si fueran vendidas] en su beneficio... harían de ellos un pueblo sumamente rico y próspero» (Ross, 2, 408).

Los cherokees ya eran más ricos y más prósperos que la mayoría de los blancos de la frontera, considerablemente mejor educados, y sus tierras, sin duda, no eran «inútiles» para ellos. La absorción por parte de un estado blanco llegaría, pero no an-

tes de medio siglo. Sin embargo, a los cuatro años del discurso de Ross una calamidad distinta e imprevista golpeó a las naciones indias: la guerra civil.

Desde la Senda de las Lágrimas había pasado menos de una generación, y sólo quince de esos años fueron verdaderamente pacíficos para los cherokees. Aún así, su población comenzó a recuperarse, pasando de alrededor de 15.000 personas (incluyendo los viejos colonizadores) en 1839 a 21.000 en 1861 (Foreman, 418-419). Cifras importantes para comprender la naturaleza del holocausto del Nuevo Mundo. En sus primeras etapas la mortandad fue accidental. Los invasores no habían planeado introducir las enfermedades del Viejo Mundo, aunque se beneficiaron enormemente con el resultado. Por lo tanto es fácil para los euroamericanos absolverse de esta «obra de Dios». Pero la demografía cherokee demuestra claramente que los pueblos nativos americanos eran capaces de incrementar su población cuando se les daba tiempo y paz y un lugar donde hacerlo. Después de generaciones de caída en vertical, habían adquirido cierta inmunidad a los agentes patógenos foráneos.

En el siglo XIX, las disminuciones de población se debían menos a la viruela en sí que a los interminables desplazamientos, a la guerra, el hambre y el embargo de tierras. Los colonizadores blancos poblaron el país que de otra manera podría haber alimentado futuras bocas indias. La búsqueda del espacio vital por los invasores no dio a la América nativa ninguna oportunidad para volver a crecer.

John Ross y los tradicionalistas trataban de mantenerse apartados de los problemas de los blancos. En mayo de 1861, Ross escribió al comandante del fuerte más cercano de la Unión: «Los cherokees no han... tomado parte adecuadamente en el actual y deplorable estado de cosas. No queremos que nuestra tierra se convierta en campo de batalla entre los estados, ni que nuestros hogares sean desolados y sufran la miseria de los horrores de una guerra civil» (Ross, 2, 468-469).

Pero sería imposible escapar al conflicto. El Territorio Indio era un espacio estratégico: cercano al Mississippi, entre Texas y el resto de los estados. Las naciones indias eran consideradas por ambos bandos como un almacén saqueable en busca de provisiones y carne de cañón. Ejército y agitadores blancos atravesaban el territorio a su antojo. Las heridas de la nación cherokee, restañadas superficialmente en 1846, se volvieron a abrir. La guerra de los americanos devino también guerra cherokee. La América blanca perdió en combate el dos por ciento de su gente, los cherokees por segunda vez en menos de treinta años, el 25 por ciento (Woodward, 312). Una de cada tres mujeres enviudó; uno de cada cuatro niños perdió ambos padres.

Stand Watie y el Partido del Tratado, habían cobrado afición por el modo de vida del plantador del sur, dueños de tabernas, molinos –y esclavos– apoyaron a los confederados. Incluso el director del *Defensor*, «el ilustrado caballero cherokee» y hombre de Ross, tenía una plantación, «umbría de tantos negros» (Foreman, 403). El propio Ross poseía esclavos, pero, como de costumbre, colocó los intereses de la nación por encima de los suyos. Sabía que la única esperanza para los indios, por pe-

queña que fuera, estaba en un fuerte gobierno federal; no había olvidado la infamia de Georgia en el desplazamiento de los cherokees.

Pero cuando pareció en un principio que la Confederación podría triunfar, Ross comenzó a preocuparse al quedar los cherokees expuestos. Stand Watie forzó la decisión reclutando para el sur un regimiento bajo su mando. Y una a una, el resto de las Tribus Civilizadas que vivían junto a la nación cherokee en los desolados rectángulos que les habían obligado a cambiar por sus antiguos hogares, se convirtieron en aliados del sur. En agosto de 1861, Ross recomendó a su pueblo "dar los pasos preliminares para una alianza con los Estados Confederados" (Ross, 2, 479-481). La alianza fue sellada en octubre. Ross y Watie se dieron la mano en público.

Fue el mayor error de la carrera de Ross. Pronto el rumbo de la guerra comenzó a cambiar, fuerzas de la Unión invadieron el Territorio Indio, secuestraron al viejo jefe cherokee y lo condujeron a Washington. Stand Watie permaneció, se proclamó jefe principal y continuó combatiendo con el sur. Según decían todos era un excelente líder militar. Sus hombres hablaban de su «misterioso poder» y juraron que «"lo seguirían hasta las mandíbulas mismas de la muerte» (Woodward, 277). Devino general de brigada del ejército confederado y pasó a la historia como el último comandante sureño en capitular. La mayoría de sus batallas las libró contra fuerzas de la Unión, pero también combatió a cherokees leales al norte. «Fui a Tahlequah», escribió concisamente a su esposa en 1863. «Ordené prender fuego e incendiar la vieja Casa del Consejo. También la casa de John Ross» (Woodward, 287). Poco después casi todo lo que la nación cherokee había construido en Oklahoma estaba en ruinas. Miles murieron de hambre o víctimas del cólera y la viruela.

Si la verdad es la primera de las bajas de una guerra, la segunda es la tradición. La catastrófica guerra extermina a la generación más vieja y su conocimiento. Los cherokees tradicionales —esa mayoría silenciosa que no hablaba inglés, que sólo leía sequoyano, que no poseía esclavos y a quien el cristianismo no le merecía una buena opinión— se dieron cuenta de que peligraba su cultura. A diferencia de los «progresistas», no consideraban la civilización blanca como un sustituto conveniente. A fines de la década de 1850, muchos de ellos crearon o revitalizaron una organización secreta llamada Sociedad Keetoowah, que se convirtió en el centro de oposición a Stand Watie, los ricos «sangre mezclada», y el sur.

Mientras, Ross, aunque seguía siendo técnicamente prisionero en Washington, ofreció su amistad a Abraham Lincoln e hizo lo que estaba en su mano para exculpar a su pueblo. «El ejército de EE. UU. en Texas y en el país indio, o bien se unía a la rebelión o huía», le dijo al Congreso. «¿Qué otra cosa podían hacer los cherokees más que someterse hasta que Estados Unidos pudiera afirmar su autoridad?» (Ross, 2, 591).

Finalmente, en 1865, terminó la guerra y Ross regresó a la nación cherokee, ahora una tierra de cabañas chamuscadas donde sólo las chimeneas de piedra permanecían en pie como tristes monumentos a su devastación. Ross tenía más de setenta

años y estaba enfermo, pero sus batallas políticas aún no habían concluido. En el primer consejo, celebrado cerca de las ruinas de Tahlequah, los partidarios de Watie intentaron desacreditarlo. Mientras Estados Unidos trató de forzar masivas cesiones de tierra y de soberanía por parte de todas las naciones indias con el pretexto de castigarlas por su alianza con el sur.

Ross regresó a Washington en 1866 para combatir las cláusulas más amenazadoras del tratado de paz, especialmente los planes para amalgamar los gobiernos indios y abrir sus territorios a las corporaciones ferroviarias. Luchó, como antes, por preservar la unidad cherokee y los derechos estipulados en el tratado. El 19 de julio todas las partes firmaron el compromiso. El 1 de agosto, el viejo jefe falleció.

Los cherokees reconstruyeron de nuevo pacientemente su nación. Reemplazaron la vieja Casa del Consejo incendiada por Watie por un nuevo capitolio de ladrillo un bello ejemplar de arquitectura victoriana que todavía se conserva en Tahlequah. Reabrieron imprenta y escuelas; construyeron un gran orfanato para las numerosas víctimas de la guerra y, tal como obligaba el tratado de paz, liberaron sus esclavos y los convirtieron en ciudadanos cherokees.

La guerra civil americana fue un semimoderno y extraño conflicto: trincheras, proyectiles explosivos, telégrafo; y a la vez hombres blancos que arrancaban las cabelleras de hombres blancos. La guerra estimuló la innovación técnica y el comienzo de lo que Dwight Eisenhower llamaría luego el complejo militar industrial. Cuando acabó, los ejércitos que habían combatido entre sí fueron enviados al oeste para arrancar de sus tierras a los últimos indios libres. Les guiaba el propósito de conducir a toda la población de las llanuras hacia el Territorio Indio donde, se suponía, podrían aprender las ventajas de la civilización que disfrutaban las Cinco Tribus Civilizadas.

Las tribus del oeste eran tan diferentes de los cherokees como los beduinos de los belgas. La mayoría nómadas, cazadores de búfalos, acostumbrados a vagar por extensos pero familiares territorios. Pensar que se les podía dotar a todos de arados y yuntas para convertirlos, de la noche a la mañana, en pequeños granjeros era absurdo. Pero fue en concreto lo que trató de hacer con ellos Estados Unidos, además en tierras de secano que, en el curso de sesenta años, se transformaron en una cuenca de polvo. Una nación tras otra recorrieron su propia senda de lágrimas hacia Oklahoma, para encontrarse a menudo con que funcionarios corruptos habían saqueado los suministros destinados a su conversión en residentes estables. La guerra, el hambre, el whisky y la enfermedad redujeron naciones que habían contado con decenas de miles de habitantes a unos centenares o docenas de miserables supervivientes. Fueron muchos los que trataron de escapar; otros se suicidaron. Los que regresaron en carreta a sus antiguos territorios de caza se encontraron con muy pocos búfalos y con muchos blancos, especialmente soldados. Fue precisamente en este período cuando el general Philip Sheridan, héroe de guerra de la Unión, realizó su famoso comentario: «Los únicos indios buenos que he visto estaban muertos» (Brown 1981, 166).

Merced a la nueva tecnología, el proceso que se había prolongado durante tres siglos en el este se desarrolló en las llanuras en sólo tres décadas. El rifle de repetición, la ametralladora, el ferrocarril y el buque de vapor conquistaron el oeste.

William Ross, sobrino de John y graduado en Princeton, ejerció varios períodos como jefe en los años de posguerra. Como su tío, pasó una buena parte del tiempo en Washington, combatiendo un intento tras otro de violar «la más solemne garantía de Estados Unidos», en el sentido de que la nueva nación cherokee debía «ser y seguir siendo de ellos para siempre», garantía que peligraba ya antes de cumplir su cuarta década (Jackson, 294). Los ferrocarriles constituían la principal amenaza. Los derechos de las compañías ferroviarias de atravesar territorio indio suponían corredores de penetración blanca. A través de ellos llegaban trabajadores, especuladores y ladrones de cualquier ralea. Gentes no indias y, por lo tanto, al margen de la jurisdicción de los tribunales indios. No sólo cometían crímenes impunemente, sino que su misma presencia en tanto que forajidos en la nación cherokee daba a Estados Unidos la excusa para intervenir. El viejo modelo de expulsión de los cherokees de Georgia se reprodujo en casi todos sus detalles: invasión de colonizadores, disputas jurisdiccionales, cesiones de soberanía y tierra.

En 1872, Ross protestó ante el Congreso de Estados Unidos por las «desalmadas corporaciones [que] revolotean como codiciosos cormoranes sobre este territorio e incitan al Congreso a eliminar cualquier tipo de restricción para permitirles descender en picado... destruyendo simultáneamente la última esperanza de los indios y el honor del gobierno» (Woodward, 317).

Al año siguiente, Ross advirtió al pueblo cherokee: «Los resultados... consistirán en la mezcla gradual de los indios bajo la misma forma de gobierno... el reparto de sus tierras que devendrán propiedad exclusiva, la extinción gradual de cualquier distinción civil entre ellos y los ciudadanos de Estados Unidos, y su absorción final» (Woodward, 318).

Entretanto, filantrópicos personajes del este se inquietaban por los informes de lo que estaba sucediendo en el oeste. Desde 1869 hasta 1871, durante la presidencia de Ulysses Grant, un iroqués seneka ocupó el cargo de Comisionado de Asuntos Indios, el primer indio que accedía al puesto –y el último en un siglo. Era Hasanoanda o Ely Parker, amigo y colega de Lewis Henry Morgan. Adiestrado en la ingeniería civil, Parker había servido como coronel de la Unión y escrito de su puño y letra la rendición firmada por Robert E. Lee en Appomattox. Acosado por el círculo de corrupción que amasaba fortunas con los contratos gubernamentales –responsables de que los indios murieran en inmundos campamentos por todo el oeste– hasta el punto de verse obligado a abandonar su puesto, Hasanoanda fue, sin embargo, capaz de provocar fuertes quejas públicas: «Si alguna tribu protestaba contra la violación de sus derechos naturales y reconocidos en el tratado, miembros de la tribu eran inhumanamente fusilados y el resto tratados como simples perros... Hoy, debido al inmenso aumento de la población americana y a la extensión de sus colonias por todo el oeste... las razas indias se encuentran más gravemente amenazadas que nunca de un rápido

exterminio» (Brown 1981, 172).

Algunas voces blancas se le unieron. En 1881, Helen Hunt Jackson publicó *A Century of Dishonor*, libro de gran éxito que denunciaba las injusticias que caían sobre los indios. Pero, trágicamente, la agitación pública fue aprovechada por quienes pretendían «ayudar» a los indios beneficiándose ellos mismos. Zalamos «expertos» propusieron una solución que continúa siendo defendida ahora por intereses similares: hacer de los indios, les gustara o no, una imitación de los blancos. La mejor forma de conseguirlo era darles los mismos «derechos» de propiedad —es decir, los mismos riesgos— que al resto de la población. El problema del indio, decían los asimilacionistas, era que contaban con demasiada tierra, así, nunca progresaría hasta deshacerse del hábito primitivo y no cristiano de poseer la tierra en común.

En 1887 el Congreso aprobó la ley Dawes de Propiedad Individual, que llevaba el nombre de su patrocinador, el senador Henry Dawes de Massachusetts, miembro de la peligrosa tribu de los que apenas saben algo y lo consideran suficiente. De regreso de una breve gira por territorio indio elogiaba con exceso a la nación cherokee y planeaba al mismo tiempo su destrucción: «No hay pobre alguno en esa nación y la nación no debe ni un dólar. Construyó su propio capitolio... sus escuelas y hospitales. Sin embargo, el defecto del sistema es evidente. Han llegado tan lejos como pueden, porque poseen la tierra en común... No existe el egoísmo, que está en la base de la civilización» (Hendrix, 32).

El remedio propuesto para esta chocante falta de avaricia consistía en dividir las tierras en parcelas privadas —160 acres para cada familia. No hace falta conocer demasiada aritmética para comprender que el reparto dejaría un gran «excedente» al que luego tendrían acceso los blancos. El deseo genuino de ayudar a los indios quedó desvirtuado y convertido en un nuevo ataque contra su cultura, propiedad y soberanía.

En 1890 Estados Unidos se anexionó la mitad oeste del Territorio Indio llamándolo Territorio de Oklahoma, y en 1893 la Salida Cherokee más de 10.000 millas cuadradas de pradera originariamente destinada a la expansión de esta nación quedó abierta a los colonizadores. Cien mil blancos pulularon por ella en un sólo día, plantando las estacas delimitadoras de sus posesiones con un frenesí semejante al de la fiebre del oro (Woodward, 320).

Cuando la nación cherokee combatió la Ley Dawes ante los tribunales, el Congreso respondió con la Ley Curtis, 1898, que disolvía los gobiernos nacionales de las Tribus Civilizadas y abolía la titularidad indígena de la tierra. El decreto ley fue aprobado por el Congreso con tres minutos de debate (Mose y Wilson, 128-129). Se había encontrado petróleo sustancia tan mortífera para los indios como el oro.

Cuando se supo que se aproximaba el reparto de tierras, miles de blancos, con la ayuda de abogados sin escrúpulos, se inscribieron como «indios». Estos «indios» blancos se confabularon luego con los miembros corruptos de la élite mestiza en el

pillaje del patrimonio de la nación. «La infame y tiránica ley Curtis –escribió un che-rookee llamado Too-Qua-Stee– deshonra la vida social de nuestro pueblo... y reduce al conjunto de padres y madres honorables de nuestro país a la condición moral de chulos y prostitutas» (Mose y Wilson, 129).

En la década de 1880, tras realizar una gira europea con el espectáculo del sal-vaje oeste de Buffalo Bill Cody, el jefe Toro Sentado de los sioux hunkpapa obser-vó: «El hombre blanco sabe hacerlo todo, pero no sabe como distribuirlo» (Vestal, 251-255). Los colonizadores, tal como entendió Toro Sentado, no pululaban sobre cada pulgada de América porque faltase tierra suficiente para repartir Estados Uni-dos tenía y aún tiene una baja densidad de población. Tenían hambre de tierra porque la riqueza siempre se concentraba arriba, porque se medía a las personas por lo que poseían, porque los que no tenían debían esquilmar a los más débiles (indios) que sí tenían. «El amor por la posesión es una enfermedad de ellos» dijo Toro Sentado. «Exigen diezmos a los pobres y débiles para mantener a los ricos que gobiernan. Re-claman esta madre nuestra, la tierra, para sí mismos y colocan cercas para apartar a los vecinos» (Turner, 255).

Si América hubiese tenido el doble de tamaño, aún así no habría sido suficiente; los indios de todos modos habrían sido despojados.

Bibliografía citada

Boudinot, Elias

1983 *Cherokee Editor: The Writings of ...*, Edited by Theda Perdue, Knoxville, Univer-sity of Tennessee Press.

Brown, Dee

1981 *Bury My Herat at Wounded Knee*, New York, Simon and Schuster.

Brown, John P.

1938 *Old Frontiers*, Kinsport, Tenn, Southern Publishers.

- Carter, Samuel
1976 *Cherokee Sunset*, New York, Doubleday.
- Ehle, John
1988 *Trail of Tears*, New York, Doubleday.
- Foreman, Grant
1989 *The Five Civilized Tribes* [1934], Norman, University of Oklahoma Press.
- Hendrix, Janey B.
1983 "Redbird Smith and the Nighthawk Keetoowahs", *Journal of Cherokee Studies*, 8, 22-39.
- Jackson, Helen Hunt
1881 *A Century of Dishonor*, New York, Harper & Bros.
- King, Duane y E. R. Evans (eds.)
1978 "The Trail of Tears: Primary Documents of the Cherokee Removal", *Journal of Cherokee Studies*, 3, 129-190.
- McLoughlin, William G.
1984 *The Cherokee Ghost Dance*, Macon, Ga., Mercer University Press.
1986 *Cherokee Renaissance in the New Republic*, Princeton, Princeton University Press.
- Mooney, James
1990 *Myths of the Cherokee and Sacred Formulas of the Cherokees*, Cherokee, N.C., Cherokee Heritage Books.
- Mose, Lester G. y R. Wilson (eds.)
1985 *Indian Lives*, Albuquerque, University of New Mexico Press.
- Moulton, Gary E.
1978 *John Ross, Cherokee Chief*, Athens, University of Georgia Press.
- Reed, Gerard
1978 "Postremoval Factionalism in the Cherokee Nations", in King... cit., pp. 148-163.
- Ross, Chief John
1985 *The Papers of...*, Edited by Gary Moulton, Norman, University of Oklahoma Press, 2 vols.

Starr, Emmet

1969 *History of the Cherokee Indians* [1921], New York, Kraus.

Turner, Frederick W.

1974 *North American Indian Reader*, New York, Viking.

Vestal, Stanley

1957 *Sitting Bull, Champion of the Sioux*, Norman, University of Oklahoma Press.

Wallace, Anthony F. C.

1970 *The Death and Rebirth of the Seneca*, New York, Knopf.

Wilkins, Thurman

1986 *Cherokee Tragedy*, Norman, University of Oklahoma Press.

Woodward, Grece S.

1963 *The Cherokees*, Norman, University of Oklahoma Press.